

XXI

La Liga de la Enseñanza. Juan Macé. — Fundación del Círculo parisiense. — Soy nombrado su primer presidente. — Manuel Vauchez. — Mis reuniones del miércoles. — Historia de un tragador de sables. — Apúleo. — La medicina y los médicos. — Las primeras carnicerías hipofágicas en París. — Babinet y el cálculo de las probabilidades. — *Galería astronómica*, mi décima obra.

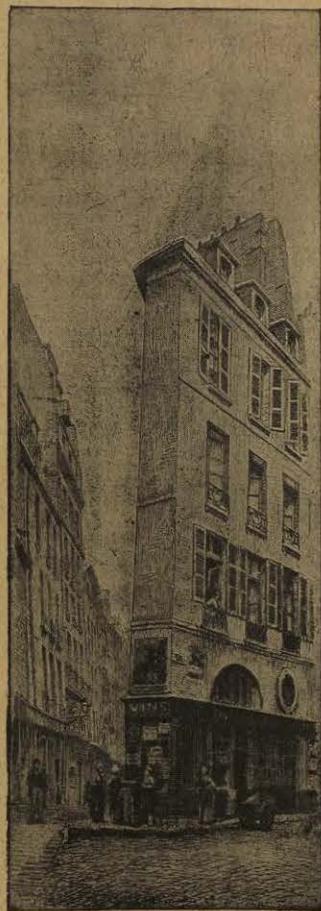
Mientras que me consagraba, con un ardor juvenil y convencido, enérgico y apasionado, a repartir por el mundo el conocimiento de la astronomía y de las ciencias exactas, por mis obras, por mis crónicas de *le Siècle* y del *Magasin pittoresque*, por mis artículos semanales del *Cosmos*, por mis clases de la Asociación politécnica y por mis conferencias de París y de provincia, otro amigo del Progreso, Juan Macé, hombre de gran corazón, profesor en una pensión de señoritas en Beblenheim (Alto Rin), ya conocido también por publicaciones populares y especialmente por su preciosa *Historia de un bocado de pan*, ponía los jalones de su gran obra, LA LIGA DE LA ENSEÑANZA. Un día del mes de junio de 1867, recibí la visita de una diputación compuesta de MM. Manuel Vauchez, Delanne, Leymarie, Guil-

loteaux, Brellay, Wickham y León Richer, que venían de parte de Juan Macé a exponerme la importancia de aquella obra bajo el punto de vista de la educación popular, la creación de los círculos en Metz, en Chevilly (Loiret), en Reims, en Dieppe, en Colmar, en el Havre, en Orléans, en Ruan y en Nancy, la necesidad de crear un círculo análogo en París y pidiéndome que fuera su presidente. Estos mandatarios eran poco conocidos, pero el nombre del fundador respondía por todos; yo le había encontrado más de una vez en la librería Hetzel para la que yo iba a escribir bien pronto mi *Historia del Cielo*, y Vauchez estaba animado de un ardor conquistador. ¿Cómo no entusiasmarse con el programa de Juan Macé? No podía por menos de reconocer que era el mismo que el mío, excepto un color político más marcado. Objeté sin embargo que era precisamente entonces presidente de la Sociedad aerostática de Francia y que, habiendo emprendido, para el estudio de la atmósfera, cierto número de viajes en globo, no podía prometer ser asiduo a las sesiones. La insistencia de mis visitantes fué extremadamente graciosa y excesivamente apremiante para permitirme no aceptar un ofrecimiento tan honorable, y lo hice sin retardar mi respuesta a ocho o quince días después.

El miércoles siguiente se celebró la reunión en mi casa. Yo habitaba entonces, como dejo dicho, en una calle que ya no existe, en el emplazamiento actual de la avenida de la Ópera, la rue des Moineaux, en la colina de los Molinos, ilustrada antiguamente por un episodio de la vida de Juana de Arco, que fué herida allí en el sitio de París. (La rue de l'Échelle guarda hoy todavía el recuerdo de la contraescarpa de las

fortificaciones). Aquel barrio se encontraba en igual forma que en tiempos de Jean-Jacques Rousseau, que habitó en la rue des Moineaux, y del oficial indisciplinado Bonaparte, que habitó la rue des Moulins en 1792, con bastante trabajo para ganarse la vida, e ignorando lo que iba a ser algunos años después.

El dibujo que reproduzco aquí, extraído del libro de Georges Cain, sobre « les Pierres de Paris », demuestra lo que era aquel barrio en 1867. La avenida de la Ópera ha *suprimido* todas aquellas vejeces, haciendo bajar el suelo cinco o seis metros lo menos.



La rue des Moineaux
y la rue des Moulins en 1867.

Ahora bien, todos los miércoles por la tarde recibía en mi casa a los amigos, colegas, camaradas, publicistas y sabios. Allí se encontraba especialmente Henri Martin y Luis Jourdan, de *le Siècle*, Georges

Guérout y Carlos Sauvestre, de la *Opinion nationale*, Glais-Bizoin, Eduardo Gagneur, Julio Grévy, diputados de la Izquierda, Henri Delaage, nieto de Chaptal, iniciado en los antiguos ritos y cuyo flúido magnético obraba violentamente sobre las mesas; Victoriano Sardou, Gustavo Doré, Carlos Garnier, Gauthier-Villars, Adolfo Joanne, Carlos Cros; Napoli, Andrés Gill, Gustavo Flourens, ardiente demagogo, Gustavo Lambert, que preparaba una expedición al polo norte, el general Parmentier, asiduo a mis conferencias, Fernando Denis, Filiberto Audebrand, Courbebaisse, ingeniero y astrónomo, A. Piédagnel, Victor Meunier, Luis Figuier, Cavalier, llamado « Pipe-en-Bois », el célebre anima fiestas de los estudiantes, Landur, matemático, Herreinschneider, filósofo, Gastón Tissandier, de Louvrier, Pline, Wilfrid de Fonvielle y Alfonso Penaud, escrutadores del problema de la navegación aérea, Carlos Emmanuel, astrónomo original, que hacía girar la Tierra al revés, Carlos Tellier, que estudiaba las propiedades industriales del frío y del amoníaco, Eugenio Nus, autor dramático, poeta y filósofo, Secrétan y Molteni, ópticos y Silberman, del Colegio de Francia, que construía esferas celestes normales, es decir en hueco. Recordemos también a Gambini, que decía magníficamente y cantaba también al piano las obras del gran Hugo, ídolo de nuestra juventud, el capitán Bué, magnetizador y de una conversación siempre amena, profesores de la Asociación politécnica, astrónomos, físicos, químicos, médicos, etc. Entre mis colegas de la Asociación politécnica, recordaré sobre todo a M. José Fouché, que había dibujado las ilustraciones del tratado de Delaunay, sobre la astronomía, y cuyo

hijo, Mauricio Fouché, de edad de quince años en 1870, debía entrar en la Escuela politécnica, después en el Observatorio de París y resultar mi colaborador más adicto en las fundaciones de la Revista *la Astronomía* (1882) y de la Sociedad astronómica de Francia (1887); Ponton d'Amécourt nos dió allí brillantes conferencias sobre la aviación, y Julio Marey sobre el vuelo de los pájaros. Este ingenioso fisiologista había inventado un aparato registrador que medía el movimiento de las alas y otros que medían los latidos del corazón. Habitaba rue de l'Ancienne-Comédie, n° 14, en el antiguo hotel de la Comedia francesa, señalado aún hoy por un frontón de Minerva, y había establecido allí un curioso laboratorio. Le gustaba registrar los latidos del corazón de las señoras colocándoles el aparato sobre la punta del corazón. Ellas no se molestaban por eso, y algunas tenían en ello gran interés. Varias se alarmaban de la intermitencia e irregularidades cardíacas observadas. Por lo que a mí toca, me negaba siempre al amable sabio dejarle registrar mi pulso, porque este pulso está muy por encima de la normal (siempre más de cien pulsaciones por minuto, frecuentemente ciento diez y a veces ciento veinte y ciento treinta) y temía que se me tomara por un enfermo. Yo tenía entonces de veinticinco a treinta años, y ahora, que tengo más del doble, la idea me es indiferente. Los corazones difieren mucho entre sí. Napoleón no tenía más que cincuenta y siete pulsaciones.

A estas reuniones del miércoles asistían por lo menos unas veinte personas, y reconocimos desde luego que era imposible tener allí las sesiones tranquilamente, ni aun cinco minutos seguidos, para orga-

nizar la Liga. Se decidió pues reunirse en casa de un hombre menos frecuentado y más aislado, y se escogió a M. Delanne, que habitaba rue Saint-Denis, 319. Aquella fué la primera residencia del Círculo parisiense de la Liga de la Enseñanza, que tenía a Camilo Flammarion por presidente y a Manuel Vauchez como secretario.

El hijo de M. Delanne, entonces muy joven, ha llegado a ser el ingeniero y el escritor distinguido que se conoce.

Uno de los mejores discípulos de mi clase de astronomía popular de la escuela Turgot era, como dejo dicho antes, un ingeniero italiano de nombre de Tremeschini, y en la distribución general de premios de la Asociación politécnica de 1867, en el Circo de Invierno, presidida por Víctor Duruy, yo había rogado al ministro, a cuyo lado me encontraba, de dar él mismo el premio a este laureado. Tremeschini tenía unos cuarenta años, era pobre, gran trabajador y de una modestia rara. Subió sobre el estrado, emocionado del honor que se le hacía, y me pareció que temblaba un poco cuando el ministro le dió la mano. Esto fué para él un estímulo sin igual. Se entregó desde entonces a la construcción de aparatos de cosmografía que le hicieron célebre. Este fué uno de los primeros que se inscribieron en las filas del Círculo parisiense.

Estos hechos ya antiguos han quedado grabados en mi memoria. Pero a falta de memoria, se puede leer en la obra de Juan Macé sobre *Los origenes de la Liga de la Enseñanza* (París, 1891), estos dos pasajes que los resumen :

Uno de los primeros y más antiguos adherentes de la Liga, M. Vauchez, ha organizado el grupo de Paris, de que M. Flammarion, el sabio y popular astrónomo, ha aceptado la presidencia: cuenta ya 117 miembros. (P. 314, Informe del 15 de noviembre de 1867.)

El grupo parisiense presidido por M. Flammarion tiene un efectivo de 133 miembros, y ha tomado por título *Círculo parisiense* para la propagación de la instrucción en los departamentos. Ya ha enviado un socorro de cien francos a un institutor del Alto Marne para cubrirle los gastos de su curso de adultos, hecho desde hace veinticinco años, y del que él solo está encargado, y determinado la fundación de dos bibliotecas comunales, en Champigny, en el Eure, y en Verrières, en la Viena. (P. 389, 15 de mayo de 1868.)

Yo había aceptado la presidencia por un año. A la expiración de estas funciones, buscaba un sucesor y tuve la gran alegría de ver a mi ilustre y venerable amigo Henri Martin consentir en ocupar la presidencia. Nuestro gran historiador fué así el segundo presidente del *Círculo parisiense* de la Liga de la Enseñanza. Yo quedé siendo vicepresidente.

La acción del *Círculo* se extendía rápidamente. En la obra de Juan Macé, se lee también el siguiente pasaje:

Ha sido cuestión de organizar un servicio de conferencias fuera de la Sociedad. Ya, uno de sus vicepresidentes, M. Camilo Flammarion, se ha trasladado á Joinville, en el Alto Marne, para presidir una distribución de premios en la escuela de mademoiselle Clemencia Mugnerot, a la que el *Círculo* había dado una recompensa por su abnegación en la instrucción de las mujeres. Su presencia ha determinado allí la fundación de una biblioteca popular y un nuevo *Círculo* de la Liga. (P. 557.)

La infatigable actividad de Manuel Vauchez se im-

pacientaba de no ver extenderse con más prontitud el cuadro de la fundación parisiense. En junio de 1869, a la expiración de la presidencia de Henri Martin, el *Círculo* tenía ya por tanto 445 miembros y 2.280 francos de cotización anuales. Se decidió que el *Círculo* tuviera su casa, y se alquiló, en la rue Saint-Honoré nº 175, un piso, a nombre de Juan Macé, y así se constituyeron las oficinas y la junta directiva, compuesta de: Juan Macé, presidente; Henri Martin y Camilo Flammarion, vicepresidentes; Manuel Vauchez, secretario general. En la junta, estaban también Luis Jourdan, Georges Guérout, Guilloteaux, Brelay, Wickham, León Richer, Carlos Sauvestre, Clamageran, Massol, Tremeschini, etc.

Aun sintiendo que mis trabajos astronómicos y literarios y mis investigaciones siempre demasiado laboriosas para las que me faltaba frecuentemente el tiempo, me impidieran continuar tomando parte personal tan activa como yo lo hubiera deseado, en la obra tan importante y tan útil de la Liga, he seguido constantemente sus trabajos con el más profundo interés, y estoy orgulloso y me considero muy honrado con haber permanecido siendo miembro de su Consejo general. Después de Juan Macé, la Liga ha tenido por presidentes sucesivos: MM. León Bourgeois, Jacquin, Buisson y Dessoye; su secretario general, M. León Robelin, es el digno y laborioso sucesor de Manuel Vauchez, admirablemente secundado por M. Eduardo Petit; sus espléndidos progresos han ido siempre en aumento. Hoy, el número de adherentes de la Liga se eleva a 750.000, y el balance del *Círculo parisiense*, tan humilde en sus principios, se eleva a 1.435.000 francos.

El Círculo parisiense de la Liga de la Enseñanza ha sido reconocido de utilidad pública por decreto de 4 de junio de 1880. Los servicios prestados a la Instrucción pública por esta noble institución son considerables.

Juan Macé y yo, fuimos violentamente atacados por los periódicos clericales. Uno de los primeros ataques llegó a consecuencia de la distribución de premios que fui a presidir a Joinville (Alto Marne) y de la conferencia que di allí el 24 de agosto de 1869.

Al día siguiente subió el cura al púlpito. En su sermón, publicado por *le Temps* de 1º de septiembre de 1869, se leen frases tales como estas: « Nos tratan de ignorantes, esos sabios que hablan de los mundos que no conocen y que no han visto nunca... Se enseña a los niños a negar la existencia de Dios, como si la fe fuera incompatible con la ciencia... ¿Qué es esa Liga? Es una reunión de hombres que tienen a su cabeza un tal Juan Macé, autor de libros impíos ».

La mala fe se une aquí a la necedad. Pretender que se es ateo porque nos separamos de los lazos del catolicismo, es hacer una confusión voluntaria perfectamente mentirosa. Calificar de libros impíos la *Historia de un Bocado de pan* y la *Aritmética del abuelo*, de Juan Macé, es de una injusticia flagrante. Los libros que repartíamos entonces en las bibliotecas populares son casi todos deístas. Acusar de ateísmo a Juan Reynaud, Henri Martin, Michelet, Eduardo Charton, Julio Simon, Luis Jourdan, Juan Macé y nuestros colegas del apostolado para el desarrollo de la instrucción pública en el año 1869, era mentir a conciencia. Pero ¡cuán lejano parece todo eso! Dios

no está ya a la moda ni mucho menos, y esa palabra parece casi de la edad paleolítica.

Lo cierto es que preferíamos simplemente la verdad al error, y que nos parecía llegado el tiempo de fundar la educación sobre una base independiente de toda forma confesional. Seguíamos siendo deístas, con Voltaire, con Manuel Kant, con Victor Hugo y con todos los grandes pensadores; pero no admitíamos ya la *Historia universal* de Bossuet, que reduce la humanidad a la historia de los judíos y de los cristianos, sino que pensábamos que la Tierra no es el centro del mundo y que la congregación romana ha cometido una falta imborrable condenando a Galileo.

Las ideas sobre los principios de la educación de la juventud han cambiado sensiblemente en estos últimos tiempos. Parece no reconocerse ya la existencia de un espíritu en la naturaleza y no admitir ya tampoco el alma humana y su responsabilidad moral. ¿Es éste un progreso?...

Hablaba antes de mis reuniones del miércoles. Sencillas y sin pretensiones, eran extremadamente variadas y muy frecuentemente mis habitaciones de la rue des Moineaux eran demasiado exiguas, porque con cuarenta personas había bastante para llenarlas. Las experiencias científicas se añadían con frecuencia a las disertaciones. Hubo a veces reuniones excesivamente curiosas. G. Trouvé (que firmaba *Eureka*) mostró allí el interior del cuerpo de los peces atravesado por un hilo eléctrico. Me acuerdo también de cierto tragador de sables que tuvo una época de notoriedad. Se hundía en la boca, en la garganta y en el esófago, un sable de caballería todo entero, hasta

la guarda. Este esfuerzo anatómico era tan extraordinario que, siguiendo los gustos de mi curiosidad nativa, quise saber la verdad del caso. Naturalmente, creí que había en aquello un artificio, y que se trataba de un sable de teatro o de una de esas espadas entrantes por medio de las que los actores asesinan todas las noches a sus camaradas. Este tragador de sables ejercía su arte en los cafés conciertos, y yo había ido con un amigo a asistir al espectáculo dado por aquel pretendido chino encubierto con el nombre de Ling-Look, y que, por otra parte, no tenía nada de chino, pues su gran estatura era contradictoria a la hipótesis. Si mal no recuerdo, era originario de Montmartre o de Batignolles. Después de la sesión, le hice presentar mi tarjeta, en la que le felicitaba y le invitaba para venir a tomar un vaso de cerveza con nosotros. No tardó mucho en llegar.

— ¡Vamos a ver, amigo!, le dije riendo; usted no se atrevería a afirmar a un doctor en medicina que se traga verdaderamente un sable de caballería. Pero le confieso que su artimaña hace la ilusión completa.

— ¡Cómo, señor! ¿lo duda usted?

— Sí.

— ¿Quiere usted que lo repita aquí mismo?

— No. Esta noche no. Prefiero una comprobación más completa. Si por ejemplo, pudiera usted venir a mi casa uno de estos días.

— Con mucho gusto.

— Si se valé usted de juegos de manos, es inútil que se moleste; si el hecho es real, tendrá usted un buen reclamo en los periódicos, porque habrá allí periodistas. También habrá médicos o internos de los hospitales que le examinarán severamente.

Convenida la cita para el miércoles siguiente, invité primero a mi amigo el doctor Eduardo Fournier, del que mis lectores recordarán quizás por el servicio que me prestó organizando mi entrada en el Observatorio de Paris, por lo que conservo un profundo reconocimiento que durará mientras viva. Era especialista para la laringe y de una competencia particular sobre el caso en litigio. Allí había aquella tarde unos veinte sabios no menos curiosos que yo.

Pues bien, el hombre del sable lo tragó como lo había dicho, hasta la guarda.

Más aun, se le puso un peso de diez kilos encima del sable, para hundirlo un poco más, y el artista se quedó tan sereno.

Más aun, se amarró una pistola a la guarda, y se hizo el disparo: el movimiento de retroceso, bastante violento, no produjo efecto en el experimentador.

En seguida, tragó dos huevos duros enteros; se comprobó al laringoscopio su presencia en el fondo de la laringe; fumó un cigarrillo; apoyó las manos sobre el pecho y vomitó los dos huevos intactos.

Era verdaderamente un caso anatómico extremadamente notable. Por el ejercicio, había obtenido gradualmente aquel extraño resultado, haciendo retroceder poco a poco su diafragma y alargando cada vez más el estómago en detrimento del intestino.

Naturalmente, terminó un día (varios años más tarde) por herirse gravemente, y murió a consecuencia de un ejercicio.

Una vez más comprobaba, que si la duda es la primera condición del estudio, importa no negar nada premeditadamente. Ni credulidad, ni incredulidad.

Observar y examinar. Yo había comprobado de nuevo lo justo de este principio, mientras que varios de mis conciudadanos se contentaban con negar, burlarse y continuar en la ignorancia.

Este ejercicio del sable no data de nuestros tiempos. Abrid las obras de Apúleo, escritor cartaginés del siglo II de nuestra era, y leeréis en el libro primero de las *Metamorfosis* o de *el Asno de oro*, que cuenta haber visto con sus propios ojos, ante el pórtico del Poecilo, en Atenas, un charlatán tragar por la punta un sable de caballería muy afilado (*aequestrem spatham praeacutam*) y también una espada de cazador hundida hasta las entrañas (*venatoriam lanceam in ima viscera condidisse*).

A propósito de Apúleo, romano de África, al que debían suceder en su literatura latina Tertuliano y San Agustín, se puede notar cuán poco conocido, repartido y mal establecido estaba el cristianismo hacia el año 180. Hablando de una mujer de mala vida, dice (libro IX): « Ella despreciaba y hollaba con los pies las santas divinidades, y, a guisa de una especie de religión, fingía el culto mentiroso de un dios que ella decía único, vanos melindres por los que chasqueaba a todo el mundo ».

Se tiene una tendencia a creer que Jesucristo fué el fundador del cristianismo. Sin negar que su doctrina fué establecida por su enseñanza, conviene notar que siglo y medio después de su muerte no había hecho todavía casi ningún progreso.

La lectura de todos los autores de aquella época da el mismo testimonio. Diógenes Laercio, historiador del siglo III, parece ignorar absolutamente la existencia de Jesucristo y del cristianismo, aunque toda

su obra sobre los filósofos esté consagrada a las diversas ideas y creencias. Habla constantemente de dioses y de diosas, considerándolos quizás solamente como símbolos de la naturaleza. Dice, por ejemplo, que, para Empédocles, Júpiter representaba el fuego, Juno la tierra, Plutón el aire y Nestis el agua, elementos todos imperecederos. Pero el dios de los cristianos era completamente ignorado.

Apúleo era un gran personaje y un erudito. Viviendo aún, se le erigió una estatua en el mismo Cartago. Habla de las divinidades griegas: de Minerva, de Venus, de Marte, de Apolo, de la Fortuna, de Nemesi; de las divinidades romanas y de las divinidades sirias: de Isis, de Osiris, de Serapis; habla también de la Judea supersticiosa; pero el cristianismo es seguramente para él una invención despreciable.

En los últimos tiempos del imperio romano, los dioses habían muerto o poco menos. Pero la humanidad tiene necesidad de creencias. La pura y santa moral de los Evangelios venía a responder a esta necesidad. San Pablo primero, aunque jamás conoció a Jesucristo, los creyentes, los mártires y los Padres de la Iglesia, fundaron lentamente el cristianismo, que no se afirmó verdaderamente sino en el siglo IV. Tertuliano nació en 160 y murió en 240; San Agustín nació en 354 y murió en 430. El emperador Juliano, que se había hecho cristiano y renunció para volver a los dioses paganos, nació en 331 y murió en 363. La lectura de Apúleo me había conducido a volver a leer estos orígenes, y el sable de Ling-Look era el que me había invitado a compulsar a Apúleo. Todo se toca, sobre todo en la redacción de memorias para salir del paso,

que nos pone constantemente ante los ojos las palabras de Terencio: « Ninguna cosa humana debe ignorarse ».

Añadiré también a este propósito, que la era cristiana no ha sido establecida sino en el siglo vi, hacia el año 520, por el monje Dionysius Exiguus, Dionisio el Pequeño.

Hablábamos antes de los médicos que venían a mis reuniones del miércoles. Siempre me ha gustado su conversación, desde Hipócrates, Galeno y Celso hasta los príncipes de la ciencia moderna. En ellos se encuentran reunidas las cualidades de la observación y de la experiencia. Me parece que existen más bien enfermos que enfermedades, que cada individuo tiene su temperamento propio y que ningún principio es absoluto. Las comparaciones que he podido hacer me han mostrado que métodos diametralmente contrarios pueden aliviar y curar. ¿No será la naturaleza la que cura lo más generalmente, tanto, por ejemplo, en la homeopatía como en la alopatía? Se la puede ayudar, sin duda, pero esto es todo.

Entre los médicos que he conocido, el más original me pareció haber sido el doctor Gruby. Habitaba en Montmartre y hasta se había hecho instalar un precioso observatorio, con una magnífica vista sobre París. Pero era un hombre que no creía en la medicina. Para la mayor parte de las enfermedades, su tratamiento era ordenar a los enfermos ir a comer una manzana debajo del Arco de Triunfo de la Estrella a las seis de la mañana. Tratamiento de verano. En invierno, recomendaba hacer seis veces la vuelta del comedor saltando de una silla a otra. A otros, un poco agitados, ordenaba salar los huevos pasados por

agua con sal gruesa y contar cuidadosamente los granos. La mayor parte de sus enfermos curaban.

Todo Montmartre se representaba a éste buen doctor con apreciaciones diversas.

He conocido otro que era una especialidad en conocer el sexo de la criatura antes de nacer. Si la futura mamá deseaba un varón, por ejemplo, él la afirmaba que había acertado y sería completamente satisfecha en sus deseos, al mismo tiempo que escribía en su cuaderno de visitas diarias, en la hoja correspondiente al día: « Examinada hoy madame X. estudiadas las pulsaciones, y tendrá una niña, a pesar de sus deseos de tener un varón ». Tenía cuidado de no mostrar a nadie su cuaderno, y a la futura mamá menos aun, la cual quedaba encantada con el pronóstico. Si la suerte le daba un varón, el doctor triunfaba: « Ya se lo había yo dicho, era evidente, un observador atento no se engaña nunca ». Si por el contrario nacía niña, le decía: « Vea usted, señora, y le mostraba el cuaderno, yo lo sabía desde hacía dos meses, pero hubiera sido inhumano contrariarla, y al inscribir mi pronóstico, no he querido dárselo a conocer; pero un observador atento no puede engañarse ».

El doctor Gruby no se daba esta importancia. Permanecía siempre modesto y diciendo como Ambrosio Paré: « Yo lo cuidaba y Dios lo curó ».

He conocido un magnetizador aun más fuerte que este doctor uteromántico. No desperdiciaba una ocasión para celebrar en todos los tonos el poder del magnetismo, la influencia de la mirada, la transmisión del pensamiento, y hacía surgir, para el triunfo de la causa, los testimonios más exorbitantes. Un día,

sentado en la imperial del ómnibus, pretendía absolutamente convencer a su vecino, muy escéptico y un poco burlón. « Pues bien, señor, exclamó; yo que le hablo, le apuesto que ejerciendo mi voluntad sobre todas las personas que marchan por allá, por la acera, forzaré a uno a que venga a subir y sentarse aquí a su lado ». Y uniendo el gesto a la palabra, dijo: « ¡Vea usted, aquél! »

En efecto, se levanta, el pasante corre y se precipita hacia el ómnibus. Extrañeza del interlocutor...

— ¿Quiere usted que lo haga parar de un golpe? ¡Mire usted!... »

En efecto, el corredor se había parado. La operación había sido por tanto de una extremada simplicidad. Nuestro magnetizador había notado en la acera un joven que seguía con los ojos febrilmente el ómnibus, con la esperanza de ver en él un puesto libre. Desde que el orador se levantó é hizo el gesto de irse, el hombre se precipitó para coger su sitio. Pero habiéndose vuelto a sentar el magnetizador, el candidato a la imperial se había parado. Nada pues más sencillo. Aquel apóstol del magnetismo debía ser originario de Marsella, o quizás de las orillas del Garona.

Estábamos, según creo, en Montmartre, con el doctor Gruby.

En las antiguas calles de Montmartre se podían ver entonces, en la plaza donde se eleva hoy la basílica del Sacré-Cœur, vastos jardines llenos de árboles y vergeles, largas avenidas de lilas, recuerdos del tiempo de Enrique IV, no lejos de los molinos y vestigios de la llegada de los aliados, en 1814 y 1815. La vieja iglesia de San Pedro, con su cementerio

silencioso parecía a cien leguas de París. Hacia lo alto de la colina teníamos parientes en cuya casa comíamos algunas veces, no lejos de una fuente que ha desaparecido (cinco manantiales han desaparecido de París en medio siglo). Al subir un día, pasamos, mi hermano, mi hermana y yo, por delante de una carnicería hipofágica (una de las primeras instaladas en París). Existe contra la carne de caballo un prejuicio excesivamente antiguo. Yo he combatido siempre los prejuicios. Aquella era una bella ocasión de mostrarnos y de protestar. Compramos un hermoso trozo de bifeck, sin preocuparnos de la etimología de la palabra, y sólo a la cocinera fué a la que pusimos en la confidencia. Todo el mundo se regaló, observando que los trozos eran particularmente tiernos, con un pequeño sabor especial y agradable, que se atribuyó a la habilidad de la cocinera. Después de comer, me aventuré a descubrir el velo de nuestra estratagema.

— ¡Caballo! exclamó mi madre. ¡Cómo! ¿tú nos has hecho comer caballo?

— Indudablemente, y todos nosotros lo hemos encontrado excelente.

— ¡Caballo!, repetía mi madre, no es posible; ¡vamos a envenenarnos todos!

Sin explicación posible, estaba convencida que aquella carne no podía por menos que ser mala. Y, tan convencida, que no tardó en sentir cierto malestar en el estómago, y que un cuarto de hora después fué atacada de vómitos. Por este motivo no pudo guardar una muestra de aquella carne para hacer la experiencia de la digestión. Todos sentimos en el alma aquel sufrimiento físico y moral, que felizmente pasó pronto. El prejuicio era el más fuerte. Lo mismo

sucede frecuentemente en las diversas circunstancias de la vida.

Es tan difícil como interesante luchar contra las ideas preconcebidas.

En realidad, la carne de caballo es tan buena como la de vaca, solamente que no se está acostumbrado a ella. Y después, es preciso confesar que no se sacrifican los caballos buenos y jóvenes para comerlos, sino que se matan los viejos. En París, 45.000 caballos se entregan cada año a los mataderos para el consumo hipofágico, y ya empieza a establecerse la costumbre. Pero nosotros hemos sido los primeros en gustarla, en 1866.

En todo tiempo el caballo ha sido considerado como indigno de una mesa. Se recuerda que Vercingetoris, refugiado en Alesia con 80.000 hombres, y preveyendo que no tendría víveres más que para un mes, había hecho salir de la plaza, desde el principio del sitio, varios miles de caballos que hubieran podido servir de alimento. Los papas prohibieron esta clase de alimento, porque había servido en los sacrificios de los paganos. Durante el sitio de París, desde noviembre de 1870 a febrero de 1871, el caballo fué nuestro principal alimento. Pero, en verdad, faltaba la variedad, y resultaba fastidioso comerlo; seguramente que los parisienses encontraron todos el caballo menos bueno en 1871 que en 1866 o 1869. El exceso en todo es un defecto. Pero después se ha tenido tiempo de olvidar las exigencias de una ciudad sitiada, y el consumo aumenta cada año más.

Con el progreso del automovilismo y la inutilidad de los caballos para la tracción de carruajes, se podrá sin duda criar caballos destinados al consumo

culinario, que rivalizará con el de vaca, ternera y carnero. Todo se transforma.

Si el doctor Gruby era original, yo conocía astrónomos que no lo eran menos. De este número era mi maestro y amigo Babinet, del Instituto (título habitual de su firma). Sus artículos de *el Constitucional* tenían un éxito sorprendente, digno del gran talento que desplegaba en ellos, frecuentemente con breves ataques dirigidos a Le Verrier. Creo haber dicho que vivía en una semióbscuridad, rue Servandoni, junto a la iglesia de San Sulpicio, recibiendo la luz por ventanas que no se limpiaban jamás y generalmente cubiertas de telas de araña, pensando proteger así su vista contra las radiaciones de la luz. Sus opiniones científicas eran fijas e irrevocables. Afirmaba que los cables transatlánticos no durarían. Aunque le había visto yo mismo sentarse, en una experiencia de espiritismo, sobre una mesa levantada y muy inclinada, sin conseguir hacerla volver a su posición natural, a pesar de su peso de 80 kilogramos, continuó pensando que las mesas no podían levantarse bajo la acción de una fuerza desconocida, y publicó en la *Revue des Deux-Mondes* artículos negando en absoluto estos hechos indiscutibles. Preciso es confesar que la expresada Revista estuvo frecuentemente en desgracia. En la misma época declaraba en ella Littré con convicción, que en todas las experiencias de espiritismo no hay más que una alucinación colectiva (!). Después, Brunetière afirmó a los lectores de la misma la quiebra de la ciencia (!!).

Babinet, astrónomo, físico y examinador en la Escuela politécnica, se preocupaba sobre todo, hacia 1860-1865, de calcular la fecha de su muerte, por los

cuadros de mortalidad en uso en las Compañías de seguros. Había nacido en 1794. Cada año estudiaba el número proporcional de sobrevivientes y, no teniendo en su constitución ninguna causa anormal de desfallecimiento, examinaba el tiempo normal que le quedaba de vida.

Muy frecuentemente, en 1862 sobre todo, cuando hablaba con él algo más a mi salida del Observatorio, me repitió que no viviría hasta el paso de Venus delante del Sol, lo cual le contrariaba muy particularmente, porque la cuestión del paralaje del Sol era para él del más alto interés. Todos los años volvía a hacer su cálculo y no conseguía alargar su existencia hasta la fecha de dicho fenómeno celeste, que debía producirse el 8 de diciembre de 1874. En efecto, murió el 21 de octubre de 1872.

Su amigo M. Best, administrador del *Magasin Pittoresque*, que no juraba sino por él, hacia cada año los mismos cálculos, y conociendo por adelantado, por el mismo método, la fecha de su muerte (a menos de accidente imprevisto), se interesaba en hacer construir su sepultura, con medidas precisas, en el cementerio de Montparnasse. No se daba prisa en la obra, sino que modificaba la forma de tal o cual escultura o detalle, se tomaba su tiempo tranquilamente, y terminó esta última morada, cuya llave guardó en la mesa de su despacho, precisamente seis meses antes de ir a acostarse definitivamente en ella. Era un filósofo estoico. Mis lectores recuerdan sin duda que he hablado de él en mi libro *Urania*, como que había visto aparecer a su madre, cuando era niño, en Toul, su país natal, el mismo día que ella moría en Pau. Había fundado el *Magasin Pitto-*

resque en 1833, con Eduardo Charton. Era un hombre grave, frío, metódico y que jamás había estado dotado de un temperamento nervioso o romanesco.

En su casa de París, especie de tranquila casa de párroco, rue des Missions (hoy rue de l'Abbé-Grégoire), recibió un día, en enero de 1874, un proyectil de 75 kilos que demolió un muro. Supo que uno de los grabadores que empleaba en el *Magasin*, nombrado Kantz, era prusiano y se había incorporado a los batallones que lanzaban los proyectiles desde Saint-Cloud sobre París. Desde aquel día hizo juramento de no admitir en su casa a trabajar ningún prusiano. Este artista grababa en piedra todos los años los mapas de la marcha de los planetas que yo dibujaba para el periódico.

— ¿Qué hacer, me dijo, para nuestros mapas de 1872? Yo no quiero más esa casa a ningún precio.

— ¿Por qué no? le repliqué.

— Para eso, no.

— Le aseguro que nuestros mapas podrán ser hechos siempre por el mismo artista.

— ¡Un prusiano que me ha bombardeado y que tiene el descaro de volver de nuevo a París! ¿Le parece a usted poco?

— Escúcheme: no era él el que grababa mis mapas, sino su empleado, un joven parisiense, muy buen muchacho. Se llama Eugenio Morieu, que después de la guerra se ha establecido por su cuenta.

— ¡Ah! ¡tanto me dirá usted...! Bueno, queda entendido. Pero sepa que no daremos más trabajo a los alemanes. Bastante tienen con los cinco mil millones, con la Alsacia y con las tres cuartas partes de mi país tan francés. ¡Partida de *schwein!* »

Y así es como el artista Morieu llegó a ser grabador del *Magasin Pittoresque*, después, al cabo de unos años, de *La Nature*, fundada por mi amigo Gastón Tissandier, y después de la *Illustration*, etc. Su hijo, Emilio Morieu, no menos laborioso y no menos hábil, ha sucedido dignamente a su excelente padre.

En este intermedio, el deseo de popularizar bajo una forma especial las enseñanzas de la astronomía, me condujo a publicar, en la fotografía de Alejandro Martin, una *Galería astronómica* en doce cuadros, llevando de un lado: 1º el Sol; 2º la Luna llena; 3º el cuarto creciente; 4º el tamaño comparado de los planetas; 5º la Tierra vista en el espacio; 6º Marte; 7º Júpiter; 8º Saturno; 9º los cometas; 10º el Zodiaco; 11º las nebulosas; 12º el cielo del horizonte de París; y en el reverso de cada figura, una explicación apropiada. Aquella fué mi décima obra (1867). Fué rápidamente agotada, y jamás se hizo una nueva edición.

XXII

Viaje a Normandía; Caen. — Guillermo el Conquistador. — El antiguo puerto de Dives y la variación de sus orillas. — Bayeux. — Tapicería de la reina Matilde. El cometa de Halley en 1066. — Flamanville. — Un guarda de faro rey de Jerusalén. — El rey de Araucania. — El Monte San Miguel.

Habiendo llegado las vacaciones pensaba tomar algunas semanas de descanso, haciendo para ello un nuevo viaje. Creo que los viajes nos instruyen quizás más que otras cosas. Varias atracciones llamaban mi atención. En primer lugar, el recuerdo de mi primer viaje al mar, al Havre, Sainte-Adresse, la costa brava y el cabo de la Hève, y mi reconocimiento hacia mis dos patrones tan desinteresados de la rue des Pêcheurs. Nos gusta ver cosas nuevas, pero nos aficionamos a lo que ya conocemos y, por un sentimiento contradictorio al placer de los viajes, estamos dispuestos a volver allí, mientras que al mismo tiempo ese sentimiento nos llama a volar hacia nuevas curiosidades. Pensaba pues en primer lugar volver al Havre, al cuadro marítimo tan encantador de Honfleur y de Trouville, y me trazaba un itinerario de viaje a Normandía, empezando por dichos puntos.